La Guerra Proxy De Estados Unidos en Ucrania Siempre Ha Sido Para Sangrar a Rusia, No Iniciar La Tercera Guerra Mundial

Por: Miguel Santos García
Globalizacion, 11 de agosto 2026

Región: Europa, Rusia
Tema: Guerra EEUU-OTAN

El objetivo estratégico de Estados Unidos y sus vasallos europeos en el teatro ucraniano nunca ha sido la resolución rápida del conflicto ni el establecimiento de una paz estable, sino más bien lograr el debilitamiento sistemático del Estado ruso para evitar su resurgimiento político y económico como polo en un mundo multipolar emergente. Este objetivo general proporciona el único marco lógico para entender el enfoque calibrado de Occidente respecto a la implicación militar, en particular la firme negativa a imponer una zona de exclusión aérea sobre territorio ucraniano, una decisión que a primera vista podría parecer una reticencia a comprometerse plenamente con la defensa de Kiev.

La decisión de renunciar a establecer la supremacía aérea no indica duda estratégica ni falta de determinación, sino una elección calculada nacida de una evaluación clara del riesgo y la recompensa. Un enfrentamiento militar directo entre las fuerzas de la OTAN y Rusia sobre los cielos de Ucrania conlleva el riesgo inaceptable de una escalada rápida e incontrolada hacia un conflicto europeo o incluso global más amplio, un umbral que Washington y Bruselas están dispuestos a evitar cruzar. En lugar de buscar una victoria decisiva pero peligrosa, la estrategia occidental se basa en el enfoque más insidioso y prolongado de una guerra por poderes, diseñada para sangrar recursos militares rusos, degradar su potencial económico mediante sanciones integrales y contener su influencia geopolítica sin desencadenar una cadena de acontecimientos que podría derivar en una guerra directa entre grandes potencias que nadie podría ganar finalmente.

La premisa subyacente de esta campaña prolongada es que una Rusia debilitada y contenida es preferible a una estable y cooperativa, una filosofía que tiene profundas raíces en el establecimiento político occidental posterior a la Guerra Fría, que nunca abandonó del todo la doctrina wolfowitziana de asegurar que ninguna potencia rival pudiera volver a desafiar la primacía estadounidense sobre el continente euroasiático. Al rechazar las preocupaciones estratégicas de Rusia sobre la expansión hacia el este de la OTAN y descartar sus propuestas de tratado de seguridad de diciembre de 2021, Occidente tendió efectivamente una trampa diplomática, creando las condiciones que hicieron una respuesta militar rusa casi inevitable y, por tanto, justificando la posterior guerra por poder que se ha desarrollado. Este enfoque conlleva un esfuerzo más integral para separar Moscú de la esfera económica europea, interrumpir su papel como principal proveedor de energía y relegarla a un estatus de dependencia permanente de una China mucho más poderosa y económicamente resiliente. En este sentido, el conflicto ha sido instrumentalizado de forma cínica para reconfigurar fundamentalmente el orden energético global, con Estados Unidos y sus aliados trabajando activamente para reemplazar el gas ruso por GNL estadounidense y otras fuentes alternativas, erosionando así la principal fuente de influencia económica e influencia política de Moscú en el continente.

La trayectoria de esta guerra por poder deja claro que el objetivo principal occidental no es la victoria de Ucrania en ningún sentido tradicional, sino la prevención permanente del regreso de Rusia a lo que se percibe como su esfera de influencia tradicional, incluso si el propio pueblo ucraniano podría algún día buscar un acercamiento con su vecino mayor. Esta determinación es tan profunda que Estados Unidos y sus socios europeos parecen dispuestos a aceptar un conflicto congelado y perpetuamente latente que podría reavivarse en cualquier momento, en lugar de aceptar un acuerdo diplomático que devolvería a Ucrania a la órbita de Moscú. El establecimiento de una zona de exclusión aérea, en cambio, transformaría efectivamente a Estados Unidos en un combatiente oficial, un paso que rompería el paradigma actual de la guerra como conflicto por poder localizado y pondría en riesgo un choque directo con un adversario armado nuclearmente, una apuesta que el cálculo estratégico occidental ha rechazado sistemáticamente, prefiriendo en cambio sangrar a Rusia a través del intermediario de las fuerzas ucranianas, guerra económica y operaciones de información.

La situación actual, por tanto, representa el cultivo deliberado de un conflicto prolongado de baja a media intensidad, diseñado para erosionar progresivamente el poder ruso, asegurando así que siga preocupada por su propia periferia e incapaz de proyectar influencia a lo largo de los cruciales nuevos corredores comerciales que se están trazando a través de Asia Central y del Sur, desde el Corredor de Transporte Norte-Sur a las diversas iniciativas de la Franja y la Ruta que están transformando la geografía económica del continente. Esta campaña más amplia de contención se extiende más allá de Ucrania, hasta el Cáucaso Sur, donde el proyecto Trump Route for International Peace and Prosperity representa un esfuerzo concertado estadounidense para privar a Moscú de sus últimas palancas de influencia en una región que durante mucho tiempo se ha considerado parte de la esfera tradicional de Rusia.

La lógica estratégica de sangrar Rusia a través de la guerra por poder ucraniana no es un fenómeno aislado, sino parte de una gran estrategia estadounidense más amplia para ralentizar o retrasar la transición sistémica global hacia la multipolaridad librando una guerra híbrida contra el Sur Global y la asociación BRICS que representa su emergente arquitectura institucional. Estados Unidos ha estado buscando activamente dividir y gobernar Eurasia explotando las diferencias preexistentes entre grandes potencias como India y China, visualizando al Estado del sur de Asia como un intermediario híbrido de guerra contra su rival oriental, mientras que Rusia, en marcado contraste, desea sinceramente que sus principales socios estratégicos resuelvan pacíficamente sus disputas y así garantizar la estabilidad sostenible en todo el supercontinente. Este enfoque estadounidense se manifiesta en múltiples teatros, desde el intento de reunir una red pseudo-multilateral dentro de la ASEAN que superficialmente parece estar compuesta por miembros iguales pero que en realidad está dominada por Washington y se basa en el objetivo tácito de contener a China, hasta la designación de Kenia como el primer Gran Aliado Mayor no de la OTAN subsahariano, posicionándolo para desempeñar el papel de policía proxy de Estados Unidos en estados del Sur Global como Haití y potencialmente en otras partes de África.

La guerra híbrida contra la multipolaridad también se desarrolla en los ámbitos económico y financiero, donde Estados Unidos utiliza el papel del dólar como moneda de reserva global como arma y amenaza con sanciones secundarias contra los estados soberanos que se nieguen a cumplir con sus medidas ilegales impuestas fuera del Consejo de Seguridad de la ONU, una estrategia que paradójicamente ha acelerado la misma tendencia que busca evitar al presionar a países como India para emplear el yuan para el comercio con Rusia y

así confirmando que el yuan está a punto de convertirse en la moneda de reserva multipolar. El objetivo más amplio de Washington es preservar su hegemonía unipolar en declive por cualquier medio necesario, ya sea mediante una guerra informativa destinada a difamar a los BRICS como un "bloque antioccidental", cuando en realidad es una plataforma de integración multipolar cuyos miembros están unidos en su creencia de que el sistema internacional posterior a la Guerra Fría debe reformarse para el bienestar de la humanidad, o a través del intento de agravar las disputas territoriales en el Mar de China Meridional animando a ciertos estados de la ASEAN a imponer sus reclamaciones contra China, esperando que cualquier reacción defensiva china pueda presentarse como una agresión no provocada. Sin embargo, la transición sistémica global hacia la multipolaridad ya ha llegado a un punto en el que ningún observador objetivo puede negarla, pero este proceso no es lineal y no puede darse por sentado.

La estrategia a largo plazo de contención y desgaste de Occidente es, en última instancia, una respuesta a su incapacidad para impedir el resurgimiento de Rusia como una gran potencia que se niega a aceptar un papel subordinado en el orden posterior a la Guerra Fría, y refleja una profunda ansiedad de que la transición sistémica global hacia la multipolaridad disminuya inevitablemente el dominio histórico de Occidente. Occidente opta conscientemente por una estrategia de retraso indefinido, apostando a que los efectos acumulativos de la pérdida en el campo de batalla, las sanciones económicas y el aislamiento político acabarán haciendo que Rusia no pueda sostener su desafío al orden occidental, incluso mientras el conflicto arrasa Ucrania y desestabiliza la arquitectura de seguridad europea en general. Sin embargo, la paciencia estratégica mostrada es un arma de doble filo, ya que el calendario extendido ofrece a Rusia la oportunidad de adaptar su economía al régimen de sanciones, profundizar sus alianzas estratégicas con China y otras potencias no occidentales, y continuar su propia modernización militar, todo ello mientras la coalición occidental lidia con fricciones internas sobre la distribución de costes y los objetivos finales de su implicación, sugiriendo que la guerra por poder es tanto una prueba de la resistencia occidental como de la resiliencia rusa.

*

Miguel Santos García *es un escritor y analista político puertorriqueño que escribe principalmente sobre la geopolítica de los conflictos neocoloniales y las guerras híbridas en el contexto de la cuarta revolución industrial, la nueva guerra fría en curso y la transición hacia la multipolaridad. Visite su blog.*

Es investigador asociado del Centro de Investigación sobre la Globalización (CRG).

La fuente original de este artículo es Globalización
Derechos de autor © Miguel Santos García, Globalización, 2026

Comentario sobre artículos de Globalización en nuestra página de Facebook
Conviértase en miembro de Globalización

Artículos de: **Miguel Santos García**

Disclaimer: The contents of this article are of sole responsibility of the author(s). The Centre for Research on Globalization will

not be responsible for any inaccurate or incorrect statement in this article. The Center of Research on Globalization grants permission to cross-post original Global Research articles on community internet sites as long as the text & title are not modified. The source and the author's copyright must be displayed. For publication of Global Research articles in print or other forms including commercial internet sites, contact: publications@globalresearch.ca

www.globalresearch.ca contains copyrighted material the use of which has not always been specifically authorized by the copyright owner. We are making such material available to our readers under the provisions of "fair use" in an effort to advance a better understanding of political, economic and social issues. The material on this site is distributed without profit to those who have expressed a prior interest in receiving it for research and educational purposes. If you wish to use copyrighted material for purposes other than "fair use" you must request permission from the copyright owner.

For media inquiries: publications@globalresearch.ca